

—¿Y la buena acción?

—Benedetta tiene un hijo.

—Ya lo sé.

—Es una criatura raquítica. Ahora bien, aquí tengo una carta...

Caussedé sacó del bolsillo la carta de la nodriza.

—En esta carta se reclama apresuradamente á la madre, por la mujer que cuida al niño.

—Y entonces...

—Sería cruel dejarle morir sin que pudiera verle, convenga usted conmigo.

—¿Pero está muy grave?

—No lo sé á ciencia cierta. Explíqueme usted el caso al barón. Digale lo que quiera... que han venido de la calle Visconti á avisar... cualquier cosa... pero no pronuncie mi nombre. Es preciso que Benedetta vea á su hijo... es todo lo que pido por el momento... ¿Usted comprende?

—Perfectamente.

—Si el niño muere lejos de ella será un dolor más para esta desgraciada; otro crimen que habrá cometido el barón.

—Volverá á verle, señor marqués, os lo juro.

—Bien.

Caussedé alargó su mano al ayuda de cámara, que la cogió débilmente, y salió.

En el patio del hotel, donde se detuvo á respirar un momento, el marqués se decía:

—He estrechado la mano de este Lagrippe que es un bribón, pero que podrá ser-

me útil, y como decía Enrique IV, mi paisano: «Quien quiere el fin quiere los medios... París, bien vale una misa.»

## XV

### El último golpe

Lagrippe cumplió su palabra.

Después de haber reflexionado, no se arrepintió de la última alianza con el bearnés. Hacía algunos años que el marqués se le presentaba en la casa como un enigma.

Sin causarle inquietud, porque aquel excelente Caussedé, tan alegre, tan tranquilo, tan dispuesto siempre á hacer un favor á todo el mundo, no inquietaba á nadie, le inspiraba curiosidad.

Para él el bearnés era una especie de fenómeno, y al presente ya conocía el misterio.

Caussedé adquirió de pronto para él proporciones extraordinarias.

Aquel hombre que parecía tan frívolo, tan ligero, tan absorbido por esas mendencias y fantasías que componen el fondo de la existencia de los hombres de sociedad, le inspiraba una especie de temor supersticioso.

Así es que Lagrippe se sometió con sinceridad.

Caussedé le imponía á la vez respeto, temor y confianza.



Además, el encargo que el marqués le había hecho era fácil de cumplir.

Hablar de Benedetta al barón Mosés era anticiparse á los deseos del señor.

Lagrippe explicó al barón la situación de la manera más sencilla, acercándose mucho á la verdad.

La señora Piot había creído deber prevenir al señor barón.

La nodriza avisaba que el niño estaba enfermo, y pedía que fuera la madre.

El viejo Mosés se tragó la pildora ino- centemente.

Todos los pretextos para ver á Bene- detta, todos los medios le parecían bien. Juzgó que aquella era una ocasión propi- cia para ganarse las simpatías de la jo- ven, acercándola á su hijo.

A medio día, casi al mismo tiempo que Matilde llegaba á casa de los Loiseleur, un cupé tirado por dos magníficos cabal- los se detenía, no en la verja de la pose- sión de Neuilly, sino delante de la misma escalinata del hotel.

Del cupé descendió el barón.

Benedetta le recibió con la misma des- confianza.

¿Por qué se presentaba antes del plazo de espera que le había concedido?

Estaba tan abatida como en la última visita de su perseguidor. Había en ella una desanimación profunda, una especie de aturdimiento provocado por los temo- res que le asaltaban y por la soledad en que vivía.

Sin embargo, la negra se conducía con ella con extrema bondad, estimulada por la dulzura de su prisionera y por el en- canto que se extendía á su alrededor, como el calor alrededor de un brasero.

Desde las primeras palabras que el ba- rón pronunció acerca de su hijo, el rostro de la reclusa se iluminó.

El viejo Mosés no hizo ninguna alusión á la enfermedad del niño.

Dijo que había reflexionado, que la que- ría en demasia para verla sufrir, y que solo quería conquistarla con sus bonda- des; que para empezar iba á devolverla su hijo, y que en seguida la dejaria libre, seguro de que ella se sacrifica- ría alegremente por la felicidad de su hijo.

¿Podía una madre vacilar?

Por primera vez el barón se habia ex- presado con una dulzura y una generosi- dad que la impresionaron.

—Venga usted—la dijo al concluir,— voy á acompañarla.

—¿Dónde vamos?

—A las Clayes. Dentro de una hora es- tará usted á su lado.

Una alegría intensa la transfiguró.

La joven ne se hizo rogar.

Además, ¿qué otra cosa podía temer, más de lo que la había sucedido?

Estuvo dispuesta en un momento, y ba- jó con el viejo Mosés.

Un cochero de imponente figura sujeta- ba los caballos desde el pescante, y un



lacayo de facciones rudas abría respetuosamente la portezuela.

Benedetta, sentada al lado del barón, se sintió blandamente conducida al trote acompasado de los caballos, que cruzaron el bosque de Boulogne para pasar por Versailles, Saint-Cyr, Villepreux, y llegar, por último, á las Clays.

El barón trató de concluir la obra comenzada y acabar de ganarse la amistad de la que hasta entonces no había hecho más que odiarle.

La hablaba con calor.

¡Cuántos lazos los unían! Aquel hijo que iban á ver, ¿no sería el iris de paz entre ambos? Si ella quisiera, ¡qué existencia tan dichosa la suya y la de su hijo!

Castillos, palacios, dominación, poderío, títulos, ¿no podía él dárselo todo con un rasgo de su pluma?

¿Y á él qué le costaría todo eso?

¡Nada!

A cada instante se detenía para suplicarla, diciendo:

—¡Dime que consientes, que serás mía libremente y para siempre!... Por ese consentimiento te proporcionaré una existencia de reina.

La joven le escuchaba distraidamente, sin contestar, con los ojos fijos en el horizonte, viendo desfilas las casas, los jardines y los campos, que se sucedían en espléndido panorama.

El continuaba cada vez con más animación, sin conseguir ablandarla.

Por último ella le dijo:

—¿Por qué me atormenta usted? ¿No me ha dado tres días de plazo?... Cuando pasen le contestaré.

—¿Favorablemente?...

La joven reprimió un movimiento de horror. Los ojos del viejo la causaban una impresión penosa.

Sin embargo, hizo un esfuerzo sobre sí misma, trató de ensayar una pálida sonrisa, que resultó una mueca dolorosa, y contestó:

—Quizá... ¡Espere usted!

El rostro del judío se iluminó súbitamente. Intensa alegría levantó su pecho. ¡Era la primera esperanza que le daba Benedetta!

Pero la joven estaba embargada por un temor profundo.

Temía á cada instante que á una orden del dueño, el carruaje se dirigiera por otro camino y la alejara de aquel hijo que quería con toda su alma.

En aquel momento el cupé atravesaba por Saint-Cyr.

Para escapar á las preguntas de su compañero, la joven cerró los ojos y fingió dormir.

De pronto sintió un choque que la despertó.

El carruaje acababa de detenerse.

El barón cogió una de las manos de Benedetta, la llevó á sus labios y, como ella la retirase, asustada é inquieta, la dijo dulcemente:



—Hemos llegado.

El cochero se inclinó á la ventanilla y preguntó:

—¿El señor barón quiere llegar hasta la casa?

—Sin duda.

Cubierto con su librea verde, con su gran capote adornado de botones dorados y su alto sombrero, reluciente como si acabara de salir del almacén, era difícil reconocer en aquel correcto cochero al tunante Brichard.

Allí estaba por lo que hubiera podido ocurrir.

A la orden del dueño, el cupé se puso en marcha nuevamente; pero de pronto, cuando iba á volver á la izquierda, para entrar en la que podría llamarse calle del pueblo, el coche tuvo que detenerse.

Del fondo de una plaza, adornada con algunos castaños, salía de la iglesia un pequeño grupo de gente que avanzaba en dirección del carruaje.

Era un entierro de pobre, muy humilde, porque sólo se componía de tres personas: el sacristán, que llevaba al hombro un pequeño ataúd de madera que contenía indudablemente el cadáver de un niño; el sacerdote, revestido con una estola negra con cruz de plata, y detrás de ellos una anciana campesina pobremente vestida.

Eso era todo.

El pequeño cortejo torció por otro camino y dejó el campo libre al espléndido carruaje, que avanzó algunos pasos y se

detuvo delante de una casa baja y humilde, cuya puerta estaba abierta de par en par.

Benedetta se precipitó al suelo.

¡Allí estaba su hijo!

El corazón de la madre se agitaba violentamente en el pecho.

El barón Mosés bajó á su vez con más lentitud.

Algunas vecinas se iban asomando á las puertas atraídas por una curiosidad muy natural.

¿Por qué aquel carruaje de millonario, porque no había engaño posible, se detenía en la pobre casa de Marta Vincent?

Las vecinas decían, la Vincent.

Aquello era muy extraordinario, hay que convenir en ello.

Mientras tanto, Benedetta penetró en la pobre casa.

A primera vista una terrible angustia la oprimió el corazón.

El aspecto que la casa ofrecía era muy singular.

¿Qué había pasado?

Con la vista buscó la cuna.

Estaba vacía y arrinconada; las envolturas en el suelo; un gran lienzo blanco estaba tendido no lejos de la puerta como si se hubiera querido figurar una pobre capilla dentro de aquella habitación.

Extraños olores flotaban en la atmósfera, á pesar de estar abiertas las ventanas.

Dos candeleros de latón soportaban dos



velas, de las que una estaba medio consumida y la otra, olvidada, estaba agonizando con su luz amarilla en medio de la claridad del día.

Benedetta se aproximó á la cuna, recelosa, agitada, examinándola con atención, y retrocedió un paso con los brazos extendidos.

Un crucifijo de madera negra, con el Cristo groseramente labrado en hueso, estaba abandonado sobre la almohada, que aun conservaba la huella de una cabeceja.

La madre temblaba con todos sus miembros.

Tenía miedo de comprender.

Sus dientes castañeteaban; un sudor frío inundaba sus sienas.

El barón Mosés, que permanecía en la puerta, sentía á la vista de aquella desgraciada que se le helaba la sangre en las venas.

¡El había comprendido en seguida!

Las confusas explicaciones de su ayuda de cámara, el entierro que había visto pasar, el desorden de aquella casa miserable donde se respiraba la muerte, todo se amontonaba para revelar la verdad.

Benedetta permaneció un minuto dudosa, con los ojos secos, fijos en la cuna vacía, en aquel crucifijo revelador, en aquella luz que expiraba, y bruscamente se volvió al barón lanzando un grito desesperado.

—¿Ha muerto, verdad? ¿Usted lo sabía?

¡Ha muerto sin mí, sin su madre! ¡Ah! ¡estoy maldita! ¡Qué he hecho yo, Dios mío, para esto!

Y en seguida, como una fiera á la que hubiesen quitado sus hijuelos, lo recorrió todo, abrió las puertas, se lanzó al jardín, y distinguiendo á la hermana de Brichard, se precipitó sobre ella preguntando:

—¡Mi hijo, usted lo sabe! ¿Dónde está?

La horrible mujer contestó brutalmente:

—En el cementerio, ó en camino.

Benedetta vaciló un momento transida de dolor, y exhausta de fuerzas, aniquilada su energía, cayó como un cuerpo muerto sobre el suelo cubierto de violetas y pensamientos.

## XVI

### ¡Loca!

El carruaje se alejó al trote largo de sus caballos.

Fué una huida más que una caminata.

Los caminos lucían espléndidamente iluminados por el sol á través del polvo que levantaba el coche.

Ya estaban más allá de Saint-Cyr, cuando la nodriza, al volver á su casa, encontró sobre la mesa algunas líneas trazadas por una mano desconocida.

Apenas sabía leer, y como otras muchas campesinas, estaba obligada á re-